

MONSTRUOS DE LA RAZÓN I

Seleccionados del 1er certamen
Monstruos de la razón





Presenta

Colección



Aquelarre

MONSTRUOS DE LA RAZÓN I

Antología conmemorativa
del I Certamen Monstruos de la Razón

Monstruos de la Razón I

Primera Edición: octubre 2014

Código: 9785400038635050012

Autores: Ramiro Luis Álvarez Moreno,
José Ignacio Becerril Polo, José M. Blanco, Óscar Bribián,
Alexis Brito Delgado, Magnus Dagon,
Pedro Escudero Zumel, Erlantz Gamboa,
Juan de Dios Garduño Cuenca, Mario Grande,
Alejandro Guardiola, Guillermo Ibáñez Gómez,
Juan Ángel Laguna Edroso, Rodrigo López Martín,
Laura Luna Sánchez, Enrique Luque De Gregorio,
Mario Alberto M.H., Sergio Macías, Manuel Mije,
Leonardo Montero Flores, Jaime Munuera (Hans Topo),
Javier Pellicer, Daniel Pérez Navarro, David Prieto,
Josué Ramos Casal, Raúl Salcines Serantes,
Samuel San José Serrano, Alicia Sánchez Martínez,
Ángel Luis Sucasas, Clara Tahoces,
Jorge Vedovelli y J. Vilches

Ilustración de portada: Miguel Puente Molins

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

Con bastante frecuencia me veo en la tarea de colocarme ante un folio en blanco para realizar la reseña del libro que tengo entre manos en ese momento, y todo ello porque los leo con fruición. Debo decir que al principio se me hacía cuesta arriba, pero que ahora ya me cuestan menos y enseguida me hago una idea clara y general de la trama y de cómo la puedo trasladar de manera fácil a quién busque opiniones sobre ella. Pues bien, hace unas fechas, dos amigos a los que me une la pasión por los libros y, poco a poco, la tarea de escribir (aunque me llevan mucha ventaja), me propusieron realizar este prólogo que estáis leyendo y que no es sino una forma de introducirlos en lo que os espera tras estas líneas. Y como la amistad fraguada en la red ha traspasado la pantalla y me gusta plantearme nuevos retos, allá que nos pusimos en la tarea.

Para empezar, en este libro se recogen los treinta relatos ganadores de los tres estilos que se propusieron en el I Certamen de Monstruos de la Razón; a saber, diez por cada uno de los géneros de Terror, Ciencia Ficción y Fantasía. Esta primera

edición ha dejado tan buen sabor de boca entre los jurados, los organizadores y creo que hasta en los participantes, que ya estamos inmersos en el II Certamen y esta vez, personalmente, formando parte del jurado.

El proceso de selección y filtrado de los relatos supuso una ardua tarea para los integrantes del jurado, aunque bien es cierto que tuvieron una pequeña ayuda de un jurado llamémosle popular, integrado por los propios participantes y gente como un servidor que se avino a leer una serie de ellos y darles una clasificación. No quiero ni pensar cómo lo haré este año si el pasado, teniendo que evaluar sólo cinco en cada ocasión, me veía muy a menudo en grandes apuros para calificarlos. Pero eso ya lo contaré en otra ocasión.

¿Y qué nos vamos a encontrar en esta antología? Pues soy de la opinión de que los prólogos no deben adelantarnos qué vamos a leer, simplemente nos deben presentar el argumento y brindarnos una idea del escritor y su estilo, para que sea el lector quien verdaderamente se aventure entre sus páginas. Así que ya sabéis, en vuestras manos está meteros dentro de mundos fantásticos, pasar miedo o viajar a un futuro quizás no demasiado lejano. Curiosamente

son tres géneros poco tratados por escritores nacionales, aunque, en honor a la verdad, también debo decir que esto está cambiando últimamente y poco a poco van asomando la cabeza una retahíla de autores que en su gran mayoría se han iniciado elaborando relatos y al cabo del tiempo se han atrevido a alargar sus historias. Quién sabe, a lo mejor las que ahora tienes entre tus manos son el inicio de la carrera de un gran escritor del género. Y tú puedes ser testigo de ello y uno de sus primeros lectores.

Son éstos y otros certámenes, concursos y foros literarios el caldo de cultivo de toda esta gente que comparte sus escritos, critican constructivamente los de los compañeros y los vuelven a reelaborar. Es cuando están impresos en papel cuando se puede descansar y disfrutar del trabajo bien hecho, satisfecho uno mismo con el resultado. Igual no es descabellado comparar a un escritor con un árbol cuyo fruto serían sus relatos y escritos. El principio sería esa pequeña semilla de la que comienzan a surgir las primeras ideas alocadas que se atreve a plasmar y ofrecer, y son esas críticas y comentarios, esas reelaboraciones el agua que los va a alimentando, haciendo que, poco a poco, esa

pequeña semilla crezca y nos dé sus frutos con mayor asiduidad. ¿Y dónde se planta esa semilla? Pues muy fácil: el tiesto donde recibe elogios o no y del que puede trasplantarse a otro es, sin ir más lejos, un sitio como este Certamen Monstruos de la Razón, que también es a la vez el escaparate donde podemos admirarlos.

Así que leamos este libro y reguémoslo como conviene, para que las semillas que aquí se han reunido y plantado sigan con su desarrollo y cada vez sean más y más grandes para que así nos podamos cobijar a la sombra de sus hojas.

Si el sueño de la razón produce monstruos...

Fernando Martínez Gimeno

MONSTRUOS DE LA RAZÓN I

TERROR Y SUSPENSE



El Superviviente

por Magnus Dagon

La arrogancia fue uno de mis puntos débiles cuando era un novato en el cuerpo. Incluso cuando me ascendieron a detective no encontraba caso que se me resistiera, o asesinato que no acabase por esclarecer con contundente determinación. Era tan sicótico como aquellos a los que encerraba, yo había tomado un sentido y ellos otro pero vagábamos a la deriva por la misma carretera. Con la misma dedicación que ellos ponían en sus tareas monstruosas, pasaba innumerables noches en vela, recorriendo sórdidos callejones, rompiendo huesos para obtener información. Una guerra de un solo hombre. Pero como en todas las guerras personales, encontré mi batalla crucial, aquella que marcó mi vida. Un caso en el que puse todo mi empeño, pues al fin me había topado con un objetivo, con algo por lo que luchar. No sabía que estaba a punto de meterme en algo que me sobrepasaba, no a mí, sino a cualquiera que lo hubiera afrontado.

Comenzó de manera sencilla. Un tipo al que le

seguía la pista desde hacía tiempo apareció muerto en las afueras de Ernópolis II. Ningún daño físico. Junto a él una mujer joven, posiblemente una de sus víctimas, muerta en las mismas circunstancias. Ambos estaban sentados como si hubieran estado conversando. Un papel que la mujer agarraba con la firmeza del rigor mortis. Una palabra y un número: *69 erial*. Erial: tierra o campo sin cultivar o labrar. No parecía haber relación alguna entre ambas cosas. Poco más tarde, cuando lo comenté a mi superior, me miró con cara de saber más, pero no querer añadir nada. Se limitó a tratar de persuadirme para que lo dejara, a lo que me negué rotundamente. La ambición fue más fuerte que el instinto de detective, que me aconsejaba escurrir el bulto y olvidarme de todo aquel asunto que bien podía ser cabalístico, numerológico o de alguna otra de esas, en mi opinión, estúpidas supersticiones. Ante la imposibilidad de persuadirme, resignado, deslizó un cajón y sacó un estuche que abrió con llave. Dentro había tres pequeños papeles como el que había encontrado: *102 su, 9 entre, 40 sello*. Los añadí al que tenía y comencé la tarea.

Hay veces que ocurren cosas extrañas justo delante de nuestras narices pero no las apreciamos, y

basta con que simplemente nos hagan fijar la atención en ellas para eliminar todo el ruido de fondo y ver la realidad velada a nuestra percepción. Como un humilde coleccionista acumulé otros tres papeles que fui encontrando con el paso de los años. De un guardaespaldas de los capos de Arnápolis I: *5 los*. De un senador corrupto de Comtápolis III: *110 colina*. De unos jóvenes en las ruinas de Entépolis XII: *131 implacable*. Muertos en iguales y extrañas circunstancias. Y con el paso de más años, pese a seguir teniendo pocos de aquellos papeles, de aquellos extraños mensajes, forjé la historia. El número era el orden. Cuando tuve algunos seguidos, comprobé que la sintaxis tenía sentido si hacía caso de la numeración. Era una posibilidad que resultaba fácil plantearse, pero que me llevó mucho tiempo corroborar.

Y entonces fue cuando comenzó el verdadero misterio. De los testigos que quedaban, por medio de amenazas y no sin cierto esfuerzo, averigüé que estaba buscando una historia. Antigua, no del siglo XL, ni del XXX, ni siquiera del oscuro siglo XX; de mucho, mucho más atrás, donde la ciencia dejaba paso a las leyendas contadas por las mentes atribuladas. Una narración de tiempos arcanos, de

cuando el hombre apenas empezaba a ser hombre. Terrorífica. De tal pavor que aquellos que la leían morían del miedo. Muchos, incluso, sólo oyendo o leyendo parte de ella. Traté de separar realidad de ficción y dar un sentido lógico a todo aquello. Una historia cuya sola lectura mataba. No era tan descabellado. Palpitaciones, tensión, locura, todo eso bien podía llevar a una muerte terrenal, no necesariamente mística. Sin embargo... tenía dudas. Yo mismo había leído parte de la historia. Era poco lo que había podido acumular, apenas un montón de palabras con un vago significado conjunto: *5 los, 9 entre, 10 sus, 11 sueños, 40 sello, 68 yermo, 69 erial, 102 su, 110 colina, 111 muerta, 131 implacable*. Pero siempre que lo leía, aquella sensación. Pupilas dilatadas. Caer de los sentidos. Como si no sólo fuera el significado, también las palabras en sí, distribuidas para formar un peligroso hechizo. Dudas. La impresión de estar metido en algo realmente serio. No como los tiroteos, sacar la pistola y disparar o morir. Otra cosa. Y por fin comprender qué era lo que estaba buscando. No eran más palabras, ni la historia en sí. Empecé a creer, y aquello fue el comienzo de mi obsesión. Buscaba a alguien muy concreto.

Buscaba al Superviviente.

La historia aún existía. Pero nadie podía escribirla, nadie podía dictarla, nadie podía grabarla, nadie podía escucharla, ya que hubiera muerto mientras hacía cualquiera de estas cosas. No. Tenía que haber alguien... o algo. Y dediqué todo mi tiempo y mi vida entera a encontrarle.

Veinte años de búsquedas. Veintitrés de aquellas palabras, como un inmenso rompecabezas. Viajar muy lejos, a lugares más allá de los mapas conocidos. Más allá de Etápolis XIX, más allá del Mar de Carbón, más allá de las Montañas de Medianoche. Dejé de ser policía para no ser más que un punto en la inmensidad, siempre solo, rodeado de negrura, lejos de cualquier civilización.

Seguro de estar cerca del objetivo.

Y al fin lo encontré. Un valle sin nombre, un templo aún por descubrir. Sombras. Silencio. Me adentré temeroso entre sus pasillos fríos e insalubres, avanzando hasta llegar a una amplia estancia cavernosa con un enorme escrito jeroglífico en sus paredes.

—Ya sabes lo que es —dijo una voz a mis espaldas. No le veía el rostro, pero sabía quién era.

—Usted es él. El Superviviente.

—Es curioso que hayas sido tú mismo con el paso de los años quien me haya dado dicho nombre. Muchos han descubierto la existencia de esta historia —señaló hacia la pared con una mano huesuda que salió de las sombras—, pero pocos han llegado tan lejos.

—Así que sólo usted la conoce.

—Así es.

—Y la cuenta. Para matar a los que le rodean por puro placer.

—No, no es así. No has entendido nada. Al principio la usé como arma de venganza personal. De dominio sobre otros más débiles que yo, pero fue una época efímera. Los siglos pasaron y comprendí que era algo que debía transmitir.

—Pero nadie puede leerla, ni escucharla. Al menos eso he concluido.

—Lo que no sabes es que después de mí eres quien más palabras de la historia conoce. Es posible que tú seas mi sucesor, y que tú puedas seguir con mi tarea, ardua y compleja. Que puedas seguir comandándoles. Los hay que han intentado serlo y han fracasado en el intento, incapaces de resistir la historia completa salir de mis propios labios.

—Las palabras —dije, comprendiendo al fin—. Cada

persona, una palabra. Nadie conoce la historia, pero entre todos...

—Ciento treinta y cuatro palabras, ciento treinta y cuatro soldados. Tú has recuperado para mí veintitrés de ellas. Junto a esas, diez más siguen esperando un portador, pues es complejo encontrar a los adecuados para custodiarlas; el resto están a buen recaudo, esparcidas por todo el mundo, entre personas de confianza para nuestra causa. Esperando mi señal. Entonces el manuscrito saldrá de este templo, no en este idioma desaparecido, sino en un formato actual que difundiremos, acabando para siempre con estos días oscuros y creando un nuevo orden donde sólo nosotros dominaremos, y acaso otras historias como ésa tengan lugar.

—No puedo permitir algo así.

—No tienes elección. Únete o morirás como los demás.

Metí la mano en el bolsillo y con lentitud saqué algunas de las palabras, cuidadosamente escogidas. No tenía que hacerlo para recordarlas, pero la acción en sí reportaba un cierto efecto sedante que necesitaba: *131 implacable*, *132 cacería*, *133 de*. Sabía que el Superviviente tenía razón. No podía escoger. Era doblegarme o perecer. Y ante eso, sólo

había una cosa que podía hacer.

—Ciento treinta y cuatro.

No vi su rostro, pero sé que sonrió. Me acercó un pergamino con lo que supuse era dicho número en caracteres para mí desconocidos. Junto a él se destacaba la palabra *humanos*.